



Capítulo 96

La oficina del duque Komalon, parte del reino de Ashtalon.

«¿El resultado fue satisfactorio?».

«Sí, según los informes. Sin embargo, parece que hubo algunas deficiencias».

Estaba recibiendo un informe de un elfo oscuro.

«¿Deficiencias? ¿A qué te refieres?».

«Para decirlo claramente, la manifestación fue ligeramente imperfecta en comparación con la encarnación impecable que deseabas originalmente. Sospecho que la falta de entidades abisales podría ser la razón».

«¿La falta de entidades abisales?».

«Sí».

Ante el informe del elfo oscuro, el duque Komalon dejó escapar un murmullo pensativo y se sumió en sus cavilaciones.

«Y hay una cosa más que informar».

«¿Qué pasa ahora?».



«Se dice que quien se ocupó de la deidad sintética del Reino Sagrado no fue otro que el marqués Palatio».

«Ja, ¿otra vez Palatio?».

«Sí».

Ante las palabras del elfo oscuro, el duque Komalon soltó una risa seca. Luego, como sumido en sus pensamientos, finalmente dijo:

«De acuerdo, por ahora».

«Sí».

«Y asegúrate de inyectar un poco más de esencia abisal a los sujetos experimentales que se encuentran actualmente en fase de prueba».

Con un gesto casual de la mano, le indicó al elfo oscuro que se marchara.

El elfo oscuro hizo una ligera reverencia, luego se dio la vuelta y desapareció. Sin prestar atención a la figura que se alejaba, el duque Komalon se sumergió en sus pensamientos.

«Ha pasado mucho tiempo».

De repente, habló en voz alta.

A pesar de que no había nadie presente, el duque Komalon saludó como si se dirigiera a alguien.



«Sí, así es».

Con un leve sonido de aprobación, alguien salió de la oscuridad.

De un lugar que parecía estar vacío momentos antes, emergió una figura vestida con una túnica sagrada negra, como si hubiera estado allí todo el tiempo.

«Ha pasado mucho tiempo».

La figura se sentó con naturalidad ante el duque.

«¿Qué te trae por aquí?».

Ante la pregunta de Komalon, la figura se recostó en su silla.

«¿El motivo de mi visita? Ya lo sabes, ¿no? Tenía curiosidad por saber cuándo pensabas actuar, así que vine a averiguarlo».

«Todos los preparativos están listos. Una vez que obtengamos lo que hay en la selva, nos pondremos en marcha».

La respuesta de Komalon fue seca.

Ante eso, la figura dejó escapar un murmullo contemplativo, fijando su mirada en el duque.



Siguió un largo silencio.

A medida que la tensión comenzaba a aumentar de forma natural, acercándose a su punto álgido...

«Ya veo».

La figura con la túnica sagrada negra se encogió de hombros, disipando la tensión que se estaba acumulando en el aire.

«Es bastante fascinante. Pensar que aún puedes manejarte tan bien como humano».

La figura se levantó y se dio la vuelta.

«Bueno, entonces te tomaré la palabra. Confiaré en que, en poco tiempo, lograrás la gran causa que imaginas».

La figura vestida con la túnica sagrada negra echó un vistazo a la oscuridad que reinaba en un rincón de la oficina y luego se volvió para mirar al duque Komalon.

«Y...»

La figura comenzó a adentrarse en las sombras.

«Por si acaso, debo advertirte: ten cuidado con ese hombre».

«¿Ese hombre?».



«Ya sabes a quién me refiero».

Su voz denotaba cierta diversión.

—Conde Palatio... ¿o debería decir ahora marqués Palatio?

Tras pronunciar estas palabras, la figura desapareció por completo en la oscuridad.

Ahora solo en la oficina, el duque Komalon murmuró en voz baja para sí mismo:

«Marqués Palatio».

Pronunció el nombre en voz baja.

Tras completar oficialmente la ceremonia de investidura en el Reino Sagrado, Alon, que ahora había sido elevado de conde Palatio a marqués Palatio, se dirigía tranquilamente a su recién creado marquesado.

Normalmente, se habría dirigido directamente a Terea después de la ceremonia. Sin embargo, decidió que sería más prudente entregar primero los regalos que había recibido del Reino Sagrado.

Alon se volvió para mirar atrás.



Lo seguían varios carruajes, muy cargados, similares a los que había recibido al salir de Colony.

«Nunca esperé recibir algo así del Reino Sagrado».

Alon contempló los carros, cargados de mercancías, y se maravilló.

Por lo que él sabía, completar misiones para el Reino Sagrado en el juego te recompensaba con libros de habilidades o reliquias sagradas en lugar de riquezas materiales.

«Bueno, las recompensas materiales son mucho mejores».

Mientras Alon pensaba en la riqueza que pronto llenaría el tesoro del marquesado, una sonrisa se dibujó en su rostro.

En ese momento, oyó la voz de Evan llamándolo.

«Marqués».

Evan parecía haberse acostumbrado al nuevo título y se dirigió a él sin dudar. Alon se volvió para responder.

«¿Qué pasa?».

«Me preguntaba... ¿por qué el Reino Sagrado celebra una ceremonia de investidura en primer lugar?».

«Bueno...».



«¿Tampoco lo sabe, marqués?».

«Mmm».

Alon pensó por un momento antes de encogerse de hombros.

«Me parece más bien una tradición que se ha ido transmitiendo a lo largo de los años. No creo que tenga un significado mucho más profundo».

«¿Es así?»

«Al menos, así es como yo lo entiendo».

Por supuesto, Alon tampoco sabía mucho sobre la tradición. Su respuesta se basaba en un comentario casual que había hecho Yutia: «Es solo una costumbre sin sentido, pero me alegro de haberte visto, mi señor».

«Sinceramente, sí que parece un poco inútil».

«Estoy de acuerdo».

La mirada de Alon se desplazó hacia el grupo de mercenarios que tenía delante. Más concretamente, sus ojos se posaron en Myaon, que iba al frente.

Le vino a la mente un pensamiento: no hacía mucho, ella se había subido alegremente a su carruaje para charlar, haciendo que el viaje fuera mucho menos aburrido. Pero esta vez, no se había acercado al carruaje en absoluto.



Y entonces...

¡Retrocede!

Cada vez que los ojos de Alon se cruzaban con los de ella, se sobresaltaba, asentía torpemente con una sonrisa forzada y rápidamente volvía a mirar al frente, repitiendo el patrón una y otra vez.

«¿Qué le habrá dicho Yutia?».

Alon podía adivinar por qué se comportaba así. Hacía unos días, había visto a Myaon quedarse paralizada como un ratón acorralado por un gato delante de Yutia.

Incluso cuando intentó preguntarle qué le había dicho Yutia, curioso como era, Myaon apretaba los dientes e insistía con una voz anormalmente tranquila: «No me ha dicho nada».

A estas alturas, Alon había renunciado a averiguar qué había sucedido.

«Bueno, si preguntarle solo la incomoda más, mejor lo dejo estar».

Suspirando levemente, Alon se recostó en el carruaje, casi reclinándose.

Era una tarde tranquila bajo un cielo azul y despejado.



Aproximadamente dos semanas después, Alon llegó al marquesado de Palatio. Tras despedirse de Myaon y descansar un día, partió inmediatamente hacia Terea.

Tras atravesar el paisaje que ya le resultaba familiar, se encontró en la capital real y se le concedió una audiencia con Criterina Siyan.

Esta vez, sin embargo, la reunión no tuvo lugar en la sala de audiencias, sino en el despacho personal de Criterina Siyan.

—Saludo a Su Majestad —dijo Alon con una reverencia.

—Levanta la cabeza.

Una voz respondió de inmediato.

Cuando Alon levantó lentamente la cabeza, pudo ver el interior de la oficina de Siyan.

«Sencillo».

La habitación era notablemente modesta. Aunque los muebles eran claramente de alta calidad, eran mucho más sobrios en comparación con la opulenta oficina del rey de Colonia que Alon había visto antes. No pudo evitar echar un vistazo alrededor por un momento.

—He oído que has salvado al Reino Sagrado —dijo Siyan.

«... Eso es una exageración».



«¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué no hay controversia al respecto? Ah, pero primero, siéntate».

«.....»

«Después de todo, debe de ser un poco incómodo estar arrodillado».

Ante sus palabras, Alon se levantó con cautela y se sentó en la silla situada frente al escritorio de su despacho, mirando a Siyan a los ojos.

Con sus ojos dorados, característicos de la familia real asteriana, Siyan habló.

«Bueno, para continuar, no hay necesidad de fingir humildad. Si bien la humildad es sin duda una virtud necesaria, cuando se lleva al extremo, puede convertirse en un obstáculo».

«Entonces me abstendré de mostrar una modestia innecesaria».

«Hazlo».

Siyan sonrió satisfecha, apoyando la barbilla en la mano mientras observaba atentamente al marqués. Al cabo de un momento, pareció recordar algo.

—Ah.

Ella tomó algo de un lado de su escritorio y se lo entregó a Alon.



«¿Qué es esto?».

«¿No te gustan las batatas?».

«¿Perdón?»

«¿No te gustan?»

«... No, en absoluto. Me gustan».

«Tómalo».

Con expresión desconcertada, Alon aceptó el camote. Por un momento, se preguntó si alguna vez le había mencionado a alguien que le gustaban los camotes. Sacudiéndose ese pensamiento, se concentró en las siguientes palabras de Siyan.

«Para ser sincero, lo habitual sería celebrar una ceremonia formal en la sala de audiencias y luego despedirte. Pero ¿sabes por qué te he llamado aquí específicamente?».

«Como persona al servicio de Su Majestad, mi conocimiento sobre estos asuntos puede ser insuficiente...».

«No hay necesidad de tantas formalidades. En otras palabras, no lo sabe».

«Así es».



Ante la respuesta de Alon, Siyan asintió y dijo: «No es nada especialmente importante. Te he llamado para charlar un rato. El favor que voy a pedirte es más sencillo de lo que podrías imaginar».

«¿Puedo preguntar qué es lo que Su Majestad desea de mí?».

«Dentro de un mes se celebrará una conferencia de los Reinos Aliados».

«¿Una conferencia?».

«Sí, básicamente una continuación de las conversaciones que mantuvimos la última vez. Me gustaría que me acompañaras como asistente. ¿Sería posible?».

Alon se quedó en silencio un momento antes de asentir con la cabeza.

«Es posible».

Para ser sincero, participar en la conferencia no era una mala oportunidad para él. El centro de las Naciones Aliadas, Tern, era un lugar restringido a los administradores, excepto durante las conferencias centrales. También albergaba lugares como la Sociedad Mágica, donde podía obtener objetos valiosos.

Aun así, sentía curiosidad por saber por qué Siyan lo había elegido específicamente a él como su ayudante. Aunque estaba desconcertado, decidió no preguntar. Después de todo, en este mundo, si el rey ordena, se obedece sin preguntas: esa era la ley y la verdad innegable.

—Agradezco tu rápida respuesta —dijo Siyan con un gesto de satisfacción.



«Ahora, cómetelo».

«... ¿Comer qué?».

«El camote».

«... ¿Sí?».

«Cómete el camote. ¿No vas a hacerlo?».

«No, me la comeré... pero ¿aquí?».

«Sí, ¿dónde más lo comerías?»

«Entonces me lo comeré aquí».

Aunque Alon no tenía ni idea de por qué ella insistía en eso, asintió con la cabeza y comenzó a comer el camote justo delante de ella. Por supuesto, apenas le notó el sabor.

Unos días más tarde, cuando comenzó a correr la voz de que el marqués Palatio asistiría a la conferencia de los Reinos Aliados como ayudante de Criteria Siyan, dos personas reaccionaron a la noticia con más intensidad que nadie.

Una de ellas era...



«El líder del gremio».

«¿Hmm? ¿Qué pasa?»

«Tengo buenas noticias».

«¿Cuáles?»

«Se trata de la conferencia de los Reinos Aliados a la que se le ha pedido que asista».

«Ah, ¿la han cancelado?».

Quien hablaba era Seolrang, que estaba tumbado en la oficina del líder del gremio.

«No, no se ha cancelado».

«Entonces no son buenas noticias. Te dije que no quería ir».

«Pero hemos recibido una ayuda significativa del reino, ¿no es así?».

«No importa. Sigo sin querer ir».

Tras soltar un largo suspiro, Seolrang se encorvó aún más, con todo su cuerpo irradiando el mensaje «Realmente odio esto».



«Aun así, tengo una noticia realmente buena».

«¿Cuáles son?».

«El marqués Palatio también asistirá a la conferencia».

«... ¿En serio?».

Ante las palabras de la secretaria, la cola de Seolrang, que antes estaba caída, comenzó a moverse alegremente.

La otra persona que reaccionó fue...

«Comandante».

«¿Qué pasa, vicecomandante?».

«Pensé que debía saberlo, por si acaso. ¿Ha oído que el marqués Palatio asistirá a la conferencia a la que usted ha decidido no acudir?».

«¿Qué has dicho?».

El que hablaba era Deus, que se había centrado en entrenar tras rechazar la petición del reino de asistir a la conferencia.

«¿Es eso cierto?».

«Sí, se ha confirmado la asistencia del marqués Palatio».



«Me dirijo al reino de inmediato».

«Entonces me prepararé... ¡Espere, comandante! ¡Al menos póngase ropa adecuada...!».

Sin esperar, Deus salió corriendo hacia la capital real con su ropa de entrenamiento. Sus ojos violetas brillaban con determinación.